[Otras ediciones en: *Habis* 2, 1971, 223-232 (también en A. Blanco Freijeiro, *Estudios de Arqueología gallega*, Pontevedra, Museo de Pontevedra, 1998, 367-378). Versión digital de la primera edición por cortesía de los herederos del autor, con cita de la paginación original].
© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Monumentos romanos de la conquista de Galicia

Antonio Blanco Freijeiro

[-223→]

Homenaje a F. J. SÁNCHEZ CANTÓN

La conquista de Galicia no tiene en la historiografía romana repercusiones comparables a las de otras provincias. Su incorporación al Imperio se verifica tarde, en vísperas de que el templo de Jano cierre sus puertas; los agentes de Augusto, por otra parte, no podían recabar para sí la gloria de la conquista, ni tampoco brindársela al Emperador, dado que la dominación del territorio contaba con antecedentes notorios –la campaña de Bruto el Galaico, motivo de la erección en Roma del hasta entonces más célebre templo de Marte; la expedición de César a Brigantium– que, cuando menos, habían franqueado a los romanos las puertas de toda su franja costera desde el Duero al Cantábrico. En tercer lugar, cabría añadir, la empresa de la conquista efectiva era más una cuestión de dignidad que de vanagloria, pues en doscientos años de presencia romana en España, tanto la Galicia del interior como el territorio cántabro-astur se habían sustraído eficazmente a la anexión, e incluso los cántabros se habían permitido imponer su hegemonía a los turmódigos, autrigones y vacceos del norte del Duero. El mismo Tito Livio reconoce lo penoso que era para Roma ver cómo Hispania, primera de las provincias no italianas en donde la legión había puesto pie, era la última en acatarla definitivamente: *itaque ergo prima Romanis inita provinciarum, quae quidem continentis sint, postrema omnium nostra demum aetate ductu auspicioque Augusti* **[-223→224-]** *Caesaris perdomita est* [1]. No hay motivo para sospechar que estas manifestaciones de decoro imperial encubran una menos noble codicia del oro del Sil u otros móviles oscuros. El resto de la Península tenía demasiadas riquezas por explotar para que los romanos ambicionasen las de aquel impopular territorio, casi impenetrable, poblado por gentes pertrechadas en centenares de castros y que eran más dadas a la guerrilla y a la emboscada que a las francas y campales batallas. Aún podrían añadirse, como motivos para que la historiografía romana haya pasado casi en silencio la conquista de Galicia, la gris personalidad de los generales Antistio y Carisio, que desempeñaron el mando efectivo de las operaciones en la campaña de Augusto; la falta, asimismo, en campo adversario, de un jefe capaz de despertar entre los romanos una admiración o un interés, no ya comparables a los de Viriato, sino aun a los de los jerifaltes contemporáneos de los pueblos germánicos: un Arminio, un Maroboduo, un Bato [2]; el hecho, en fin, de la presencia física de

[1] Livio, XXVIII, 12.

[2] R. Syme, The Spanish War of Augustus, en *American Journal of Philology*, 55 (1934), 293, donde se subraya que en toda la guerra de Augusto no se menciona más jefe adversario que el bandido Corocotta, traído marginalmente a colación por Dión Casio.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Augusto en la Guerra Cántabra, que redujo a ésta el poco interés de toda la conquista del norte de España, y ello quizá no tanto por atención hacia el Emperador como por haber sido su autobiografía la única fuente escrita de que dispuso Tito Livio, y por tanto la única también que de modo conciso y poco claro suministró las noticias de sus epítomes y de nuestros principales informadores, Floro y Orosio, quienes, como dice Sir Ronald Syme, «con una abundancia de pormenores poco frecuente en ellos, mezclan una confusión y una obscuridad que tienen pleno derecho a recabar como de su propiedad exclusiva».

DÉCIMO JUNIO BRUTO EL GALAICO.

Si el discurso *de imperio D. Bruti*, pronunciado en Roma en 136 a. C. por Escipión Emiliano, hubiese llegado a nosotros en su versión original o en la refundición del mismo en la *Historia* de Polibio, estaríamos mejor informados de las campañas del cónsul romano que, con la conquista del norte de Portugal, hizo llegar hasta el Miño los dominios efectivos de Roma. Sus méritos, presentados sin duda en una memoria de propia mano, le permitieron **[-224→225-]** no sólo asumir el cognomen de Callaicus, sino celebrar en la urbe su triunfo. La prórroga de su mandato, defendida por Escipión, acredita el acierto de su gestión como cónsul, primero, y procónsul de la Ulterior entre 138 y 136, y de su dirección de las campañas efectuadas en estos años contra lusitanos y galaicos, campañas de represión cuya iniciativa estaba, sin duda, de la parte romana.

La más completa y coherente información que poseemos sobre los acontecimientos de estos años se encuentra en la *Historia* de Apiano, y procede más de la analística romana, donde habría de reflejarse la memoria autobiográfica de Bruto, que de la *Historia* de Polibio, donde tendría mayor cabida el discurso de Escipión, tan amigo del cónsul como del escritor [3]. Como toda la historia «ibérica» de Apiano, su relato adolece de la transcripción defectuosa o peculiar de la toponimia indígena, pero este inconveniente se puede subsanar con ayuda de otras fuentes. Lo mismo cabe hacer con su imprecisión cronológica, pues según es común en los resúmenes históricos, Apiano refunde en un relato continuo las campañas de dos o tres años. Como quiera que en los epítomes de Livio la guerra galaica está repartida entre los libros LV y LVI, y como sabemos que la insurrección de los sometidos ocurrió con posterioridad, se puede resumir así la cronología de la actuación de Bruto:

Año 138. Con base en Olisipo (Lisboa), somete a los lusitanos hasta el Duero. Los talabrigenses dominan el sur y la desembocadura del río.

Año 137. Paso del Duero. Expedición galaica hasta el Miño.

Año 136. Expedición contra Talábriga, que se había sublevado, alentada quizá por el triunfo de los numantinos sobre Mancino.

Aparte los hechos resumidos por Apiano, VI, 72-73, Bruto hubo de librar en algún lado una gran batalla campal contra los galaicos, pues de no haberlo hecho así, no hubiera podido aspirar a los honores del triunfo. Su táctica de atacar al enemigo por las cuencas de los ríos mayores, renunciando a seguirlo cuando éste se retiraba **[-225→226-]** hacia las montañas, acredita su sagacidad, pero era insuficiente para granjearle el triunfo. Orosio sabía algo de esa batalla, aunque no recoja el nombre de su escenario. Seguramente le parecían exageradas las cifras que le suministraba su fuente de información, pues las consigna con un *referuntur* como para no comprometerse: 60.000 enemigos, de los cuales murieron 50.000 y cayeron prisioneros 6.000 [4].

---

[3] R.E. X, 1021, n.º 57 (Münzer).

[4] Orosio, V, 5, 12.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

La fecha de ese encuentro decisivo debió de ser el 9 de junio del 137, pues la consagración del templo dedicado a Marte por Bruto, en el Campus Martius de Roma [5], tuvo lugar en tal día dos o tres años más tarde. Si, conforme al texto de Apiano, recordamos que Bruto nunca renunció a su táctica de imponer su dominio en la costa atacando «ciudades», hemos de pensar en Braga como escenario más probable de la contienda. Para que, desde los tiempos de Augusto., Braga se convirtiese en uno de los dos centros de gobierno de Callaecia, tenía que poseer una base urbana capaz de caracterizar la como foco de la mitad meridional del país, y sólo su conquista permitiría a Bruto recabar los honores de la anexión de Galicia sin necesidad de pasar el Miño, término de su expedición señalado por Estrabón [6]. Allí debió de culminar, por tanto, la gestión galaica del cónsul.

Antes de tratar del monumento elevado por Bruto en Roma, vamos a tocar brevemente un punto que acaso pueda tener interés como indicio de su labor colonizadora. Hay un pasaje en el *Breviarium* de Festo que, tal como ha llegado a nosotros, es indigno de particular atención: *rebellantes Lusitanos in Hispania per Decimum Brutum obtinuimus et usque Gadis ad Oceanum mare pervenimus*. La frase parece la afirmación de un incompetente que ignora que Cádiz fue puesta en manos romanas al término de la Segunda Guerra Púnica, y que en tiempos de Bruto no hubo, ni en la ciudad ni en el resto de la Bética, motivo alguno para que el cónsul hiciera uso de sus armas. Pero cabe la posibilidad de que bien el mismo Festo, bien un escriba, cometiesen el error de escribir Gadis donde debieran haber puesto Cales [7], y que corrigiendo ese error en el **[-226→227-]** sentido apuntado, haya aquí un importante testimonio de que el resultado más duradero de la expedición fuese el dominio de Lusitania hasta Portus Calis, o sea aporto, en la desembocadura del Duero. El único recurso de que Bruto podía echar mano para afianzar aquella cabeza de puente en Callaecia (región que, como es bien sabido, deriva su nombre de Cales) era establecer en la misma a gentes de su confianza, fueran éstas tropas auxiliares de la legión o lusitanos deseosos de mejorar su fortuna a cambio de defender los intereses romanos.

El supuesto se concilia muy bien con el carácter de Bruto. Según la esquemática semblanza que del mismo trazan las fuentes, su rasgo más simpático es su sentido humanitario, hasta donde éste era compatible con sus deberes militares. El fue el primero en satisfacer la aspiración de los lusitanos al establecimiento en tierras fértiles, permitiendo como cónsul el asentamiento de los supervivientes del ejército de Viriato en Valentia [8]. De su comportamiento con los talabrigenses, Apiano ofrece datos suficientes para que se considere a Bruto un digno continuador de la política de Tiberio Sempronio Graco y de Marco Claudio Marcelo en relación con las poblaciones peninsulares. «Realizadas estas cosas –podrá decir el cronista–, regresó a Roma».

Y aquí en Roma realizó el último acto de su vida pública, por lo menos en cuanto de ésta nos dicen unas fuentes tan lacónicas, que ni siquiera nos han proporcionado hasta ahora ninguno de los pasos de su vida pública (*cursus honorum*) anteriores al consulado. El acto en cuestión consistió en construir un templo a Marte, prometido un 9 de junio, a raíz de una gran batalla, acaso la toma de Braga, según decíamos.

Es probable que, como amigo de Escipión Emiliano, Bruto el Galaico compartiese el entusiasmo de aquél por la entonces incipiente helenización de Roma. En tal sentido hablan, primero, la noticia de que encomendó el proyecto al arquitecto Hermodoro de

---

[5] Ovidio, *Fastos*, VI, 461.
[6] Estrab. III, 3, 4.
[7] J. W. Eadie, *The Breviarium of Festus*, Londres, 1967, p. 106.
[8] C. Torres, La fundación de Valencia, en *Ampurias*, 13 (1951), 113 y ss.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Salamina [9], y, en segundo, la instalación dentro del mismo de dos estatuas griegas, un Marte sedente de tamaño colosal y una Venus **[-227→228-]** desnuda, anterior a la de Praxíteles. El autor de ambas era nada menos que el pario Escopas [10].

Tanto Plinio como Nepote sitúan el templo de Bruto el Galaico en las proximidades del Circo Flaminio, donde un fragmento de la Forma Urbis reproduce las plantas de unos edificios columnados. Fornari fue el primero en identificar uno de ellos, un templo rectangular períptero y hexástilo, con el construido a Marte por Bruto el Galaico, apoyándose en la situación del edificio en las cercanías del circo, en su tamaño (grande para la temprana fecha de su construcción), en el helenismo de su estilo y en su capacidad para contener las estatuas citadas por Plinio [11]. Más tarde, las excavaciones y la urbanización del Largo Argentina han descubierto todo su podio, dejando sólo en su cabecera el ábside de la iglesia de S. Nicola in Calcarario que se había levantado sobre él. Privado hoy, por lo demás, de los añadidos medievales, el templo (Lám. 1) aparece en su elegante simplicidad [12]. No ha sido posible recuperar ninguna de las columnas de su fachada, pero sí, en cambio, restaurar en parte las nueve de cada lado, el podio de tufo y la escalinata de peperino. Las excavaciones no han proporcionado prueba segura de que efectivamente se trate del Templo de Marte, pero tampoco para negar esta atribución, que figura entre las más plausibles [13]. Wijkström, en efecto, añade a los argumentos de Fornari algunos más en pro de la misma atribución: el material de la obra es el tufo de Anio, utilizado en edificios romanos desde 144, aproximadamente, hasta los alrededores del 80 a. C., en que fue reemplazado por mejores piedras, justamente el período dentro del que Bruto construye su templo. Por otro lado, consta que en la Edad Media se le llamaba *Templum Veneris in Calcarario*, como en recuerdo de la célebre Venus desnuda que Bruto había instalado en él, junto al coloso de Marte [14]. **[-228→229-]**

Los monumentos funerarios de la Via Flaminia

Entre los años 1877 y 1880 fueron demolidas las torres puestas por Sixto IV en la Porta Flaminia. Con tal motivo aparecieron, entre los materiales aprovechados, los restos de varios sepulcros monumentales que antiguamente se levantaban en la vía que comenzaba en aquella parte de la ciudad. Algunos de esos restos pueden verse hoy día al aire libre, en el jardín del Museo Nuovo Capitolino, adosados al muro del mismo y entremezclados con la yedra que por ellos trepa.

Tal vez haya aquí más de un recuerdo de las campañas peninsulares de César y de Augusto. Un título monumental, en dos trozos, dedicado a *L. Asprenati L. f. cos. Au(g)* evoca a aquel procónsul Asprenas que sirvió primero a César en la Guerra de África [15], y después, oportunamente, le trajo a Córdoba desde Italia la primera remesa de jinetes

---

[9] C. Nepote, en Prisciano VIII. 17.

[10] Hablando de las esculturas de éste, dice Plinio, XXXVI, 26: *nunc vero praeter supra dicta quaeque nescimus Mars etiamnum est sedens colossiaeus eiusdem manu in templum Bruti Callaeci apud circum eumdem, praeterea Venus in eodem loco nuda. Praxiteliam illam antecedens quemcumque alium locum nobilitatura*.

[11] F. Fornari, Di un antico tempio presso al Circo Flaminio, en *Bull. Com.*, 49 (1911), 261 y ss.

[12] G. Marchetti-Longhi, *L'Area Sacra ed i templi republicani del Largo Argentina*, Roma, 1930,45 y ss.

[13] G. Lugli, *I monumenti antichi di Roma e Suburbio*, III (1938), 62 y 68.

[14] B. Wijkström, Welche sind die Tempel auf der Piazza Argentina?, en *Acta Inst. Rom. Regni Sueciae*, 2 (1932), 17 y ss., y en particular 24 y s.

[15] *Bell. Afr.* 80, 4.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

para la campaña de Munda [16]. Se trata de una inscripción de buen tamaño, con un alto que oscila de 53 a 59 cm [17]. Pero los Asprenas fueron varios y por tanto hay varios candidatos a este título. Dessau lo atribuía a un nieto del colaborador de César, cónsul sufecto del año 6 a. C. y llamado, como su abuelo, L. Nonius Asprenas [18]; pero seguramente hay que dar razón a Groag y atribuirlo a un hijo del mismo, cónsul en 29 d. C. y augur, no *VIIvir epulonum* como lo fuera su padre [19]. En todo caso, es interesante constatar que el monumento funerario de la familia estaba aquí, construido por no sabemos cuál de sus miembros.

Aparte esta inscripción, y recuperado con ella, hay un friso dórico de mármol lunense [20], que puede no tener relación alguna con el mausoleo de los Asprenas pero evoca, como éste, recuerdos de las guerras hispánicas. Los relieves de sus metopas ofrecen los siguientes motivos: 1) *caetra* o pátera; 2) cabeza de león, de perfil; 3) roseta; 4) cabeza de un guerrero bárbaro, con el pelo atado como cola de caballo sobre la coronilla (recuérdese la referencia de **[-229→230-]** Estrabón a la costumbre lusitana de atarse los cabellos a la hora del combate), y sobre todo, 5) una *caetra* lusitana ante un aspa formada por una espada corta, de empuñadura terminada en glóbulos, y una lanza o dardo (Lám. II, fig. 2).

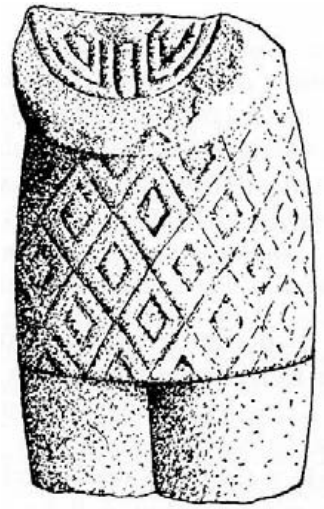

Fig. l.- Fragmento de una estatua de guerrero lusitano con caetra decorada. De Cendufe. Lisboa, Museo Etnológico.

La *caetra* tiene una decoración peculiar, típica de los lusitanos, pero tan insólita en Italia que sus editores la describen como un «laberinto». Del umbo central parten cuatro calles o canales que alcanzan el borde exterior y dividen la superficie del escudo en cuatro segmentos iguales. Cada uno de éstos presenta, por dentro, unos recuadros curvos en resalte, de la misma forma que el segmento a que pertenecen, y por fuera una orla de eses acostadas entre tachones circulares. El portador de una *caetra* de este tipo es uno de los guerreros de San Jorge de Vizella [21]; otro, el fragmento de una estatua de

[16] *Bell. Hisp.* 10: *Suo toco praeteritum est quod equites ex Italia cum Asprenate ad Caesarem venissent.*
[17] *Bull. Com.* 1877, 247, láms. XX, XXI.
[18] PIR, II, 1897, 409; cfr. también R.E. XVII, 1, 867, n.º 16.
[19] R.E. cit., 872, n.º 17.
[20] *Bull Com.* VIII (1880), 178, láms. XII-XIII.
[21] J. Leite de Vasconcellos, *Religiões da Lusitania* III, Lisboa, 1913, 54, fig. 26 A.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Cendufe, en el Museo Etnológico de Lisboa (fig. 1) [22]. La concomitancia es tan estrecha, que ofrece un argumento muy sólido para datar estas estatuas, con más precisión que hasta ahora, en los primeros años del Imperio. **[-230→231-]**

El simbolismo de estos escudos debió de ser tan claro en su tiempo, que algunas de las monedas oficiales de bronce acuñadas en España por Augusto durante la guerra contra cántabros, astures y galaicos, los reproducen fielmente (Lám. II, figs. 3 y 4). Son dupondios y ases con el escudo solo o acompañado de puñal, falcata y dos dardos, las armas más temibles y características del medio indígena [23]. El anverso lleva una cabeza de Augusto entre palma y caduceo, con la leyenda IMP. AVG. DIVI F. (Lám. II, fig. 3), similar por su estilo a las de Colonia Patricia [24], Ebora [25], Romula [26], Pax Iulia [27] y Emerita [28]. Esta comunidad del estilo en el retrato del emperador impide señalar con precisión, pero no sin aproximación, la ceca de las monedas con la *caetra* lusitana. Su candidato más verosímil, como apunta Grant, resulta Emerita, la nueva capital entonces de la provincia lusitana. De ser cierta la hipótesis, el escudo sería un emblema étnico o un signo de reconocimiento hacia los lusitanos que habían acompañado a las legiones de Carisio como auxiliares en sus campañas del 26 y 25 a. C. Empieza a apuntar así, para la Lusitania romana, el concepto de *Provincia Pia et Fidelis*, que había de ser fundamental en la nueva organización del Imperio. La contrapartida la dan las estatuas de los guerreros lusitanos, probablemente monumentos funerarios de caídos al servicio de Roma.

Desde el siglo I a. C. estuvieron en boga las descripciones de armas, a modo de complemento de las costumbres de todos los pueblos con que entraban en contacto griegos y romanos. Quizá fuera un sistema etnográfico implantado por Posidonio y secundado por Diodoro y Estrabón, al último de los cuales debemos el conocimiento de que el escudo lusitano medía dos pies de diámetro y se llevaba suspendido del cuerpo [29]. Por entonces debieron de hacerse también corrientes en Roma las colecciones de armas ofensivas y defensivas, reflejo de esa curiosidad etnográfica patente en la literatura. Sin preocuparse del anacronismo en que incurre, **[-231→232-]** Virgilio no vacila en poner en manos de Turno una *falarica* hispana [30]. y el monumento de Porta Flaminia ofrece un testimonio de que la familia propietaria del mismo estaba en condiciones de ofrecer al escultor un modelo auténtico de *caetra* lusitana, con todos los detalles de su decoración laberíntica, y acaso también una espada y un venablo.

Dada la precisión con que la *caetra* ha sido trasladada a la metopa cabría esperar lo mismo de la espada corta. Sin embargo, no parece ser así. La mayor parte de ésta se encuentra cubierta por el escudo. El pomo tiene dos antenas esféricas de pie atrofiado, con una protuberancia en el centro; la parte superior de la empuñadura está rodeada de un alambre helicoidal, y a continuación, por el centro, hay un ensanche que parece corresponder a un grupo de anillos de cuentas. Quizá los paralelos más aproximados que

---

[22] F. López Cuevillas, Armería posthallsttática del Noroeste hispánico», en *CEG* 11 (1946-47). 554 y ss., lám. III y figs. 6, 7.

[23] A. Vives, *La moneda hispánica*, I, p. CXVII s.; M. Grant, *From Imperium to Auctoritas*, Cambridge, 1969,121 s., lám. V, 6.

[24] Vives, *op. cit*., lám. CLXV.

[25] Ibidem, CLXV, 1, 2.

[26] Ibidem, CLXVII, 1.

[27] Ibidem, CLXVII, 1.

[28] Ibidem, CXL, 1.

[29] Estrab. III, 3, 6; H. Sandars, The Weapons of the Iberians, en *Archaeologia*, 64 (1912-13), 205 y 280.

[30] Virg. *En*. IX. 705; otros testimonios en B. Rehm, Das geographische Bild des alten Italien in Vergils Aenaeis», *Philologus*, Suppl. XXIV, 2. Leipzig, 1932.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

hasta el momento se puedan aducir, se encuentren entre los puñales de Alcácer do Sal [31], aunque la protuberancia del centro, semejante a las «ollitas» de las espadas castreñas, no se encuentre entre las del yacimiento portugués.

Según antes decíamos, es imposible determinar a quién pertenecieron estos recuerdos «etnográficos» y a quién el monumento mismo en que se encuentran representados. La familia de Asprenas tuvo su mausoleo por aquellos parajes y conoció bien a los lusitanos en las campañas de César. Sin embargo, los primeros editores del friso lo pusieron más bien en relación con un epígrafe muy mutilado, en el que se leía: *...f*(*ilius*) *Pap*(*iria tribu*)*...u*]*s* [*...Leg...Mac*]*edonicae* [*trib. Leg. VI Ge*]*mellae*, [*praef.*] *fabr*(*um}...* Si las legiones aludidas fuesen la IV Macedónica y la VI Gemella, el militar a que se alude podría haber intervenido en las guerras contra cántabros, astures y galaicos, pero en todo caso seguiríamos ignorando su identidad.

Esta laguna, sin embargo, no merma el interés de estas repercusiones de las guerras españolas en la capital misma del imperio. La Hispania abatida que figura en la coraza del Augusto de Primaporta, no fue evidentemente la única.

Lámina I

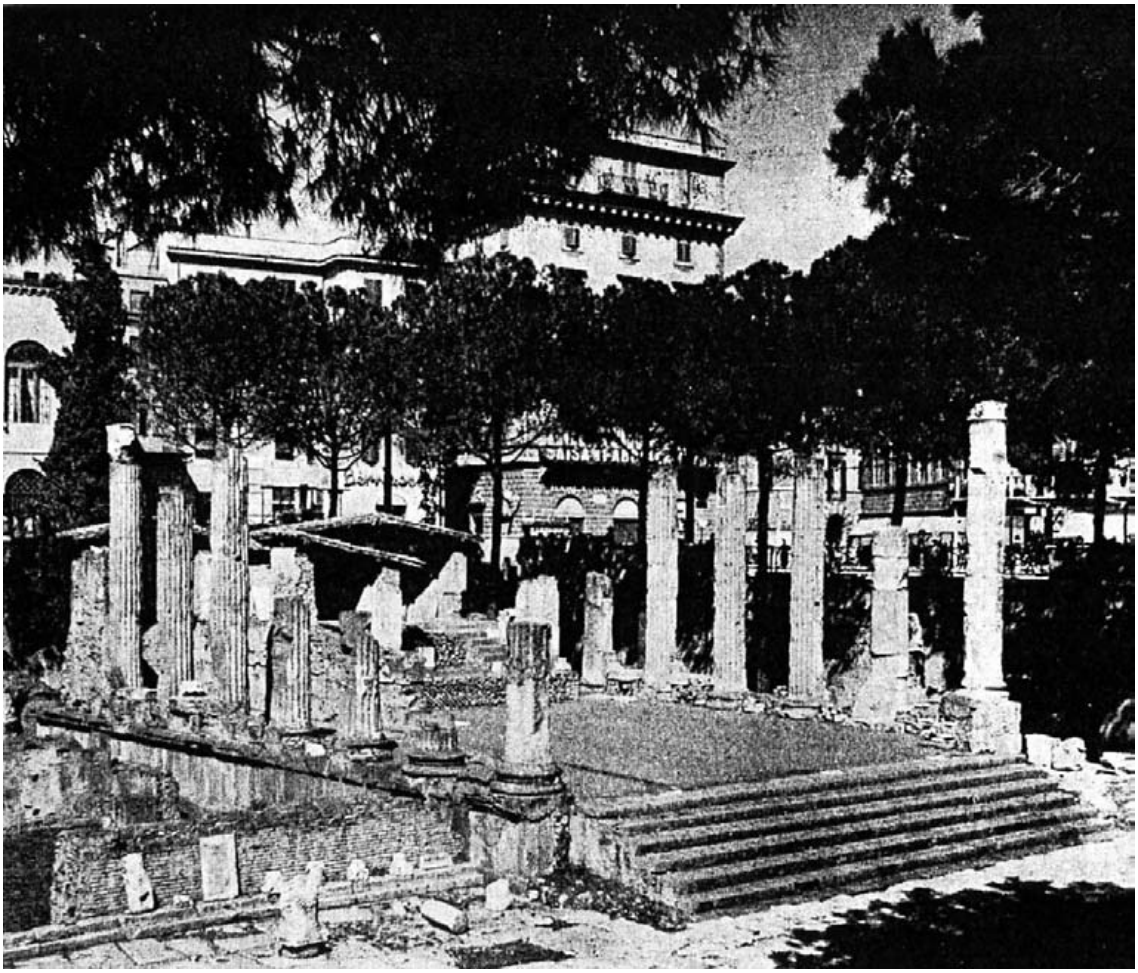

Fig. 1. Roma. Largo Argentina. Templo A, quizá el dedicado a Marte por Bruto el Galaico.

[31] W. Schüle, *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, I, 99, lám. 97.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Lámina II.

Fig. 2. Metopa de un monumento funerario de Porta Flaminia con caetra lusitana. Roma. Museo Capitolino.

Fig. 3. Moneda de Augusto acuñada en alguna ciudad lusitana

Fig. 4. Reverso de la misma con la *caetra*.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia